



Agustina Fernández Martín, 82 años
Fernando Luengo, 18 años.

Cuando el café es cebada tostada

La historia de Agustina es una maqueta a escala de todo lo que ocurrió durante la Guerra Civil: hambre, miedo y familias enteras destrozadas por el horror.

El 18 de julio de 1936, a las cinco de la tarde, un grupo de militares africanistas se levantó en armas contra el gobierno de la República. Al frente de ellos, Mola, Sanjurjo, Queipo de Llano y Franco dirigían una operación militar que acabaría por convertirse en la etapa más triste y sangrienta de nuestra historia reciente: había estallado la Guerra Civil. "Fue una guerra fratricida, en la que hermanos se mataron entre sí, y que sirvió para que problemas personales anteriores se arreglaran a tiros; una guerra, en definitiva, muy nuestra", explica Ángel Bahamonde, catedrático de Historia.

Para entonces, Agustina era sólo una niña que pensaba en poco más que en jugar con su pandilla y en ayudar en casa. "Tenía dos vestidos, uno para jugar y otro para vestir. Nos juntábamos todos los niños del barrio y lo pasábamos lo mejor que podíamos" afirma con una sonrisa en los labios. La política era entonces un problema de otras personas, y no había lugar para discutir de lo conveniente de una cosa u otra para la República.

Nació trece años antes en el seno de una familia trabajadora. Su padre, Manuel, zapatero de profesión y republicano de convicción, tuvo que sumarse a las filas del ejército para defender a Madrid de los ataques del ejército sublevado. "No hizo la mili por ser hijo de viuda, y por eso le pusieron en logística, con un camión llevando lo que le dijiesen al frente; no tenía ni idea de armas, con decirte que una vez se disparó en la mano..."

En su grupo de amigos conoció al que sería luego su marido, Amador. Cuando comenzó la contienda ya eran "medio novios", pero el frente requería todos hombres disponibles para defender sus posiciones y el novio se tuvo que ir a cumplir el servicio militar. Más tarde, y ante la avanzada del ejército nacional, Amador fue capturado y se le destinó a un campo de concentración. "Volvió muy desmejorado, lleno de parásitos y delgadísimo. Nunca quería hablar de lo que pasó allí; creo que aquello fue lo que empezó a matarle".

La cabeza de Agustina está llena de anécdotas de la guerra. Cuenta como una tarde, mientras un grupo de esos "célebres comunistas, que ni eran comunistas ni nada quemaban el convento de las carboneras, un hombre que pasaba por allí les pidió por Dios que no lo hiciesen. Ese hombre era un Luca de Tena, familiar del fundador de ABC. Uno de esos comunistas, "feo y patizambo, le apuntó con una escopeta, pero mi padre se puso entre los dos y se lo llevó a casa", relata. Allí estuvo durante una larga temporada, seguro de la república en casa de un republicano.

En ocasiones su padre sacaba comida del ejército para llevarla a casa. "En nuestra casa no pasamos hambre, gracias a que mi padre nos traía algo, aunque poco". Para desayunar, tomaban un sucedáneo de café que no era más que una infusión de cebada que se tostaba al fuego, y un chusco de pan negro que "lo mojábamos en el



café, y ni se enteraba". Otras veces, si había suerte, tomaban un pan "blanquísimo, que sabía a gloria" hecho con harina de arroz.

Un día, mientras los aviones sobrevolaban Madrid, escondida en el sótano de una sastrería que hacía de refugio antiaéreo, el estallido de las bombas pasó a ser un rumor de golpes secos contra el suelo. La aviación franquista dejaba caer sobre la capital el llamado *pan de la victoria*, "un pan de centeno basto que apenas se podía comer". Finalmente, el 28 de marzo de 1939, Ignacio Mateo leía desde Radio Nacional de España el mensaje de *saludos desde Madrid a todos los españoles*.

Las tropas franquistas habían entrado en Madrid y a la guerra le quedaban apenas tres días para acabarse. El pan que cayó sobre Madrid parecía que no disgustaba a todo el mundo; incluso no fue mal digerido en el círculo de amigos de Agustina. "En la pandilla éramos todos amigos, y no habíamos tenido ningún problema por la política, ni mucho menos; pero que sorpresa la nuestra cuando, la mañana del 29, uno de mis amigos apareció con pantalones negros y con camisa azul: se encargó de dar nombres a la policía sobre los que habían estado en el ejército o eran de izquierdas".

Entre los nombres que se entregaron estaba el de Manuel, su padre. "Llegaron dos policías y se lo llevaron preso de casa, sin dar ninguna explicación, a la cárcel de Alcalá. Y el pobre no sabía ni cómo funcionaba una pistola". Le condenaron a pena de muerte.

Agustina tenía la firme intención de casarse de su novio y así lo dispusieron. Pero ella quería que su padre estuviese presente durante la celebración. "Hablamos con el párroco de nuestra iglesia, el que nos había bautizado y nos había visto crecer. Le dijimos que hablase con la cárcel para que pudiera salir el padre acompañado de un carcelero y venir a la Iglesia, ver cómo se casaba su hija y luego volver". Desde el penal de Alcalá "sólo nos daban largas", recuerda.

La boda se aplazó hasta tres veces, y Agustina se quedó embarazada. Corría el mes de noviembre del 42, ella tenía 19 años, nueve meses de embarazo y desde Alcalá llegó la noticia: su padre podría estar en la boda, pero debía celebrarse a las siete de la mañana. Agustina dio a luz a una niña y diez días más tarde pasaba por la vicaría. Pero tocaron las siete, las siete y media... pero no llegó nadie. Se casaron a las ocho, sin su padre.

Los recién casados fueron a Alcalá a ver al padre de Agustina. La escena que vio Agustina no se le olvidará jamás. "Estaba hecho una lástima, tenía los muslos como yo las muñecas", dice mientras se toca el puño de la camisa. Al final, le conmutaron la pena y tuvo que irse al pueblo de su esposa, en Ávila, pues no podía estar a menos de 50 Km. de Madrid.

Al año de casados, y esperando a otra niña, el ejército llamó a Amador para hacer la mili. "El tiempo que pasó en la guerra no le sirvió, y se fue un año entero, con sus días y sus noches". Como era de los pocos que por su oficio, delineante, sabía leer y escribir, se empleó en dar clase a analfabetos el tiempo que duró el servicio. Mientras, Agustina hacía lo que podía para sacar a su familia adelante.

Cuando el marido volvió, recibieron un piso de protección oficial en Puerta del Ángel. Todo empezaba a salir bien: ahora esperaban una tercera hija y parecía que la suerte se portaría mejor que antes. Pero no fue así. Amador empezó a sentir dolores en el



estómago y tuvo que ser ingresado. Le diagnosticaron tuberculosis “pero creo que se confundieron. Cada día le sacaban algo nuevo, que si se había extendido a otra parte... para mí que tenía cáncer, pero no había los medios suficientes como para decir la palabra. Pero fue lo mal que lo pasó en el Campo lo que le mató, de ahí venía todo”.

Viuda a los 25 años, con tres hijas, Agustina vendió todos sus muebles y empezó a trabajar dónde pudo. Cosió patronas de uniformes para el ejército, limpió escaleras... Pero al final tuvo que dejar Madrid para irse a la localidad abulense de Arévalo, donde estaban sus padres. Entró a trabajar en una gran casa de labranza, “donde nos trataban como a trabajadores, no como a criados”. La cena que daban al servicio la compartía con sus tres hijas, igual que hizo su madre durante la guerra.

Las cosas empezaron a rodar gracias al empuje de Agustina. Volvieron a Madrid y ella entró, después de otros trabajos, en una importante empresa de electrónica. Ahora, después de disfrutar de sus niñas, de sus nietos y de su experiencia, pasa el tiempo entre la lectura y las conversaciones con viejos y nuevos amigos en un centro de día para personas mayores de Madrid.

“Me ha tocado ver tantas cosas”, se lamenta. Pero ella es feliz, y tiene motivos para estarlo. Con 82 años disfruta de una buena conversación, de los paseos, de pasar el rato con sus amigos, de leer el periódico, de quejarse... Esto es una vida. Y si no ¿Qué es quedarse viuda a los 25 y sacar a tres hijas sola en un país que adolece de hambre? ¿Qué es vivir con pan negro y café de cebada tostada?

Lo importante de la vida

Tiene 82 años y aunque para muchos está en las filas de la tercera edad, Agustina rezuma vida. Se quedó viuda muy joven, “excesivamente” quizás, pero eso no le ha quitado las ganas de seguir adelante. Tuvo que coser uniformes para el ejército, limpiar escaleras y pelearse con encargados de fábrica prepotentes para no quedar a su familia, a sus tres hijas, en esa España hambrienta y herida sin cruzar los Pirineos.

Hoy se siente orgullosa de todo lo que ha conseguido, del trabajo que le ha costado y de los frutos que ha recogido. Si habla de sus nietos, le hacen falta dedos para ir numerándolos a todos y contar lo bien que les va; mientras lo hace, sus ojos relucen y muestran un brillante tono de alegría. Si se hace una foto, no duda en posar como una modelo experta: se sienta, cruza las piernas y lleva su mano a la barbilla. Toda una chica de portada

“Si hubiera nacido en otro momento, o si hubiera nacido hombre, me gustaría haberme dedicado a la política, seguro”. La actualidad parlamentaria le empuja a comprar el periódico para devorar todas sus noticias y sus editoriales. Tampoco pierde el tiempo con la lectura y se ha planteado un duro reto: leerse los diez volúmenes de la *Historia de España* de Manuel Tuñón de Lara.

No le gusta nada la prensa rosa, ni los cotilleos, ni las voces que se dan en la televisión, “sólo hace falta ver las vueltas que le han dado a la pobre Rocio Durcal; me interesan



algunas cosillas, pero ni les veo ni les leo”, apostilla. Eso sí, no se pierde ni un telediario ni un debate, y se levanta y se acuesta con la radio.

Le gustaría reunirse en un comedor de un hotel con todas sus hijas y con sus nietos/as (y sus respectivos/as), para darse un homenaje con los que más quiere. No se reúnen todos desde hace tiempo, y prefiere esta comilona por encima de pegarse un crucero, “que los barcos, con su bamboleo, no me acaban de gustar... es un mareo”.

Aunque ha pasado más de un invierno y algún que otro otoño, a sus 82 florecientes primaveras ve el futuro con esperanza, con optimismo, y con la experiencia que da conocer una guerra con su posguerra. Pero no baja la cabeza y mira al frente; todavía queda mucho por vivir, aunque sólo sea un rato.